Reseña

GénEroos
Volumen 3/número 5/marzo-agosto 2025/ pp. 220-226
eISSN 2992-7862
https://doi.org/10.53897/RevGenEr.2025.5.10
CC BY-NC-SA 4.0

Una lectura sentipensante de *Oscura punta* de Ethel Krauze

A thoughtful reading of *Oscura Punta* by Ethel Krauze

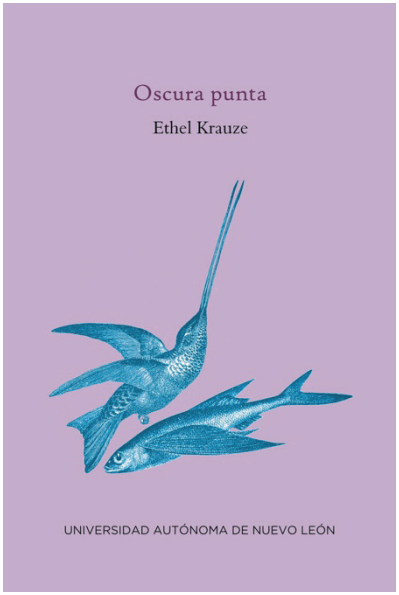
Adriana Sáenz Valadez ORCID: 0000-0003-2418-6543
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán, México

I

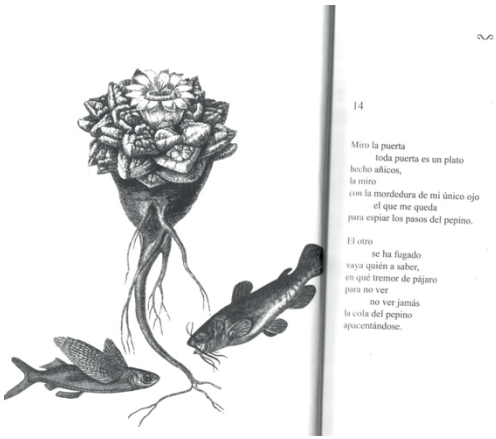
El poemario *Oscura punta* de Ethel Krauze (2023), reimpreso en 2024 por la Editorial de la Universidad Autónoma de Nuevo León, nos adentra en un mundo donde el territorio más íntimo, el cuerpo, ha sido violentado por un pepino marino. En el vaivén de los 43 poemas, que a su vez conforman uno solo, vamos sumergiéndonos, sintiendo, las múltiples afecciones que esta violencia ha provocado.

La portada nos enuncia la metáfora que abraza al texto. Como señala Iveth Luna Flores: "En *Oscura punta* nos adentramos a un mar que ha sido transgredido: ese primer universo —que es el cuerpo— es alterado y violentado por un pepino marino que trastoca la infancia y reconfigura los espacios hogareños" (Luna Flores, 2023).

Es un libro objeto ilustrado por la diseñadora Abril Castillo. Constituye un ejemplo de los buenos oficios que una editorial universitaria puede realizar. La complicidad y la comunicación entre la autora y la diseñadora se hacen evidentes y se perciben a lo largo del libro. En la presentación que se hizo en septiembre de 2024 en la cafebrería *Traspatio* en Morelia, Ethel —perdonen la confianza, pero su presencia cálida



anima esta confianza— confirmó la relación entre ella, la editorial y la ilustradora. Nos relató que le solicitó una imagen para la portada, y que a la vuelta llegaron varias ilustraciones que, por supuesto, se integraron al libro. La simbiosis se vive en sus páginas. Las palabras, las emociones y las imágenes se mueven en el agua-papel, a veces de manera estruendosa, denunciando, otras veces como caricias que consuelan y, en otras, como una fuerza que permite caminar, incluso con el peso de la historia.


14

Miro la puerta
toda puerta es un plato
hecho añicos,
la miro
con la mordedura de mi único ojo
el que me queda
para espiar los pasos del pepino.

El otro
se ha fugado
vaya quién a saber,
en qué tremor de pájaro
para no ver
no ver jamás
la cola del pepino
apacentándose.

II

Para mí, la poesía requiere una lectura distinta. Necesito ver la portada, sentir la textura del papel, oler el libro, merodear las metáforas. Subrayarlo, doblarlo, acariciar las palabras. Observar los espacios. Con mis manos,

pasar las páginas y detenerme a *sentipensar*.[1] Pasar de un espacio a otro los enlaces, las figuras, las alegorías. Necesito rumiarla, en el mejor sentido de la palabra. El texto se cavila, se discurre, se reflexiona. Se acerca y se aleja. Se apropia con la línea que trazan los ojos y el infinito, el punto donde se toca lo intangible pero conocido. Se conoce a través de las posibilidades que permiten la polifonía, el ritmo, el sonido, el silencio y la voz poética. Ese momento en donde las palabras son creación, posibilidad, sensación. Moléculas que transforman dendritas, crean sinapsis, luces y dan sentido al yo, al tú, al nosotras.

El libro es el lugar donde las palabras son aromas. Desde los sentidos, desde la comunión entre el sentir-pensar, este texto contiene bálsamos que nos llevan a espacios contenidos en la memoria.

> 4.
> Alguna vez tuve un nombre
> Un lecho
> y un jardín donde la albahaca daba su olor
> como si fuera un remolino de dulzuras
> Verde-esmeraldas
> Esperándome en el limbo para llegar al paraíso […]
>
> 5.
> Un cielo
> del tamaño del techo
> y sus polvorones de nubes
> ah…
> la gardenia soltaba todavía sus fragancias,
> pero el pepino las resopló completas
> y le puso su dedo negro
> en el paladar
> al cuaderno. (p. 12)[2]

1 Si bien la cita está enunciada en masculino, la postulo como que su concepción denomina al hombre como el ser humano en situación. Así "el hombre *sentipensante* que combina la razón y el amor, el cuerpo y el corazón, para deshacer-se de todas las (mal) formaciones que descuartizan esa armonía y poder decir la verdad, tal y como lo recoge Eduardo Galeano en el *Libro de los abrazos*, rindiendo homenaje a los pescadores de la costa colombiana" (Moncayo, 2009, p. 10).

2 Las notas que derivan del libro de Krauze llevarán sólo el número de página, debido a que es una reseña de éste.

III

Intentaré compartir algunas impresiones sobre *Oscura punta*. Más bien… (miro a la ventana y noto que la camelina, para mí buganvilia, ha florecido. ¡Qué hermosa se ve!). Continúo. Sólo puedo decir: léanlo, es un libro valiente que denuncia y, a partir de ahí, da paso a la reconstrucción de la subjetividad. En el libro, Ethel Krauze logra poner palabras personales y universales en un solo arrojo. La experiencia vertida en él son palabras que la autora pensó y postuló, pero que suman el sentir de multitudes.

En el poemario, sus acuáticos vaivenes denuncian hechos bélicos acometidos a un cuerpo infante, sucesos que despojaron y tuvieron por botín aquello que las metáforas denuncian. Es un texto para leerse entre el cordel de la abstracción, la hermosura de las flores y la gallardía de la voz poética de mujeres que se hermanan con la valentía de Rosa Luxemburgo. Sólo entre estos lugares me es posible su trayecto. Es hermoso, pero me duele. Necesito asirme y transitar el cordel que ha tejido una diminuta araña: hilo que va de mi ojo a la flor, para desmenuzar, sentir, odiar los daños provocados por el pepino marino.

> 6.
> Pero llegó el pepino
> y me borró del pizarrón
> la cara de la aurora,
> pasó su amarga lengua
> sedienta como filo de cuchillo
> en la piel de esa luz incandescente
> y eso fue todo. (p. 17)

En esta línea que he trazado entre las palabras, mis ojos y las flores, entre la lectura y el trayecto veloz de la tirolesa fabricada por la araña, puedo estar con el texto a través de diferentes lugares de observación. En este sentido puedo corear el arrojo, el proceso de crearse en las palabras de la voz poética: de resistir, de resurgir en un lenguaje que acaricia, denuncia y trasgrede al silencio, y da voz a quien, a pesar de los hurtos, puede, a manera de Prometeo, que cada día es devorado por las aves y cada noche vuelve a tejer células, músculos y así, al alba, puede,

en el afán de amar a los humanos, resurgir, crearse y permitirse, desde la ternura, volver a la infancia.

12.
Le dije
no
tal vez no se lo dije
lo pensé
con los dientes
con el esternón
con la huella de las yemas de mis dedos
encajándose en su lomo.
Nunca dijo mi nombre
me puso otro
otros nombres que me revolvieron los ojos
como si no fuera yo
y me dejó con uno solo
repitiéndolo en mi oído,
relamiéndolo con su propio sofoco.
Un nombre largo
como sabandija,
un nombre que sigo repitiéndome
rezándole
a un demonio sin rostro. (p. 24)

La infancia

Entre la espuma del océano se asoma de reojo la ternura y la infancia. La mirada que observa caireles, lugares del espacio donde el cristal y su traslúcida cadencia da músculo, da fuerza a los trazos que el beso del agua y el vidrio transforman en movimiento. A través de la conmoción del agua en los vidrios, vemos las imágenes y los recuerdos en agitación.

Los zapatitos de la infancia no volverán, porque el pepino marino violentó los juegos, impuso nombres, posiciones, evocaciones. Cortó el cuerpo y los llantos. Masticó la dulzura con sus afilados dientes y magulló la tersa imagen de la risa inocente. La infancia se debe construir desde la tibieza que brinda la palabra. La voz, de inicio tímida, aquella que, a pesar de las noches de gritos, permaneció guarecida en el abrazo de la

niña, ahora resurge, reconstruye y, mediante el gozo de la palabra, permite que el brinco y el juego se resignifiquen.

18.
Recuerdo
Muchas lluvias
con sus serpentinas de agua
bajando por el cristal de la ventana,
bailarinas todas ellas
muy buenas,
con sus zapatillas en punta. (p. 33)

33.
Que vuelva el soplo de oro de la vida
a bañarme con agua de gardenias
otra vez
a peinarme con limón y lavanda la colada de caballo
a llevarme a la escuela
de la mano otra vez
con mis zapatos azules y blancos

Ojalá se pudiera. (p. 54)

El agua, el océano, la libertad

Me es difícil describir un libro de poesía. Hay tanto brillo contenido, tanta fuerza, tanto impulso abrazado que agrupa y expele dolor y libertad. Emulando a Antígona, la voz poética necesita ir al ritual de entierro como vía hacia la construcción del sí mismo. Necesita caminar hacia el océano. Dos mujeres que mutilan su llanto para ir al lugar fúnebre: una, exiliada de la cultura, entierra al detractor del tirano; otra, desterrada de sí, da voz al silencio y entierra al tirano.

La voz poética, a partir de las palabras, construye un paraje, porque el corazón late, parte y en las palabras crea un puente que le permite enfrentarse a Creonte. Así, con este aliento puede caminar entre las arenas que queman su cuerpo hacia el abrazo que da el gorjeo del agua.

35.
Mientras yo nado por los intersticios de los sueños
 el pepino me dicta poses al oído
me hace esto y el otro
me dice así y así y así
 yo voy cantando en las pozas azules donde duermo
con mi cuerpo obedezco
 pero mi corazón ya va cruzando hacia el océano. (p. 57)

Referencias

Krauze, E. (2023). *Oscura punta.* Universidad Autónoma de Nuevo León.

Luna Flores, I. (2023). *Oscura punta* [Sinopsis en la contraportada]. Universidad Autónoma de Nuevo León.

Moncayo, V. (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*: *Orlando Fals Borda*. Siglo del Hombre Editores / FLACSO.